

se rindiese a sus verdugos: todos los otros perecieron en las llamas, o buscaron una muerte menos dolorosa, arrojandose desde aquella altura.

Con este horrible estrago* en que perecieron mas de seis mil Choluleses, quedó por entonces despoblada la ciudad. Los templos, y las casas fueron saqueadas, apoderandose los Españoles de las joyas, del oro, y de la plata, y los Tlascalenses de las ropas, de las plumas, y de la provision de sal. Terminada apenas la catastrofe, se presentó un egercito de veinte mil hombres, enviados por la republica de Tlascal, bajo el mando del general Gicotencatl. Probablemente sería efecto de algun aviso despachado la noche antes al senado, por los gefes de las tropas Tlascalas, que acamparon fuera de la ciudad. Cortés agradecio el socorro, regaló a Gicotencatl, y a sus capitanes una parte del botín, y le rogó que se volviese con su egercito a Tlascal, puesto que no lo necesitaba: sin embargo, conservó consigo los seis mil hombres que lo habian ayudado en el castigo de Cholula, a fin de que lo acompañasen en su viage a Megico. De este modo quedó mas consolidada la alianza de Españoles, y Tlascalenses.

Sumision de los Choluleses, y de los Tepeyaqueses a la corona de España.

Vuelto Cortés a su alojamiento, en que habian quedado como prisioneros cuarenta Choluleses de la primera nobleza, estos le rogaron

* En los escritos de Las Casas se lee mui desfigurado este suceso de Cholula. Es cierto que fue demasiado rigorosa la venganza, y horrible el destrozo; mas no carecieron los Españoles, para castigar a los Choluleses, de las razones que he indicado en el testo, y sin embargo ninguna mención hace de ellas aquel prelado. Tampoco es cierto que interviniesen aquellas odiosas circunstancias que él cita, y que no se hallan en ningun historiador antiguo. Para hacernos creer que los Españoles hicieron aquel escarmiento por mero capricho, y que mientras los soldados derramaban torrentes de sangre, el general cantaba alegremente unas coplas, sería necesario a lo menos que el mismo prelado lo refiriese como testigo ocular, o que alegase algunos documentos que bastasen a borrar la idea que nos dan de Cortés los que lo conocieron. De este modo sería algun tanto verosímil, lo que es enteramente increíble. Pero ni Las Casas se halló presente, ni cita prueba alguna digna de nuestra fé. Sin duda se valió ligeramente de alguna noticia dada por uno de los muchos enemigos del Conquistador. Yo no soi su panegirista, ni escuso sus yerros: pero soi historiador, hombre, y Cristiano, y bajo ninguno de estos aspectos puedo afirmar lo que no creo, ni creer de un individuo de mi especie tanta maldad, sin graves fundamentos. Describo el hecho de Cholula como lo hallo en los historiadores sinceros que se hallaron presentes, o que se informaron tanto de los antiguos Españoles como de los Indios.

que diese lugar entre tanto rigor a la clemencia, y que permitiese a uno o dos de ellos, ir a llamar a las mugeres, niños, y otros fugitivos, que andaban aterrados, y llenos de espanto por los montes. Movido Cortés a compasion, mandó cesar el furor de las armas, y publicó un indulto general. Promulgado este bando, se vieron de repente alzarse de entre los muertos, algunos que habian fingido estarlo, para preservar la vida, y acudir a la ciudad bandadas de fugitivos, deplorando quien la muerte del esposo, quien la del hijo, quien la del hermano. Mandó Cortés quitar de los templos, y de las calles los cadáveres que empezaban a corromperse, y poner en libertad a los nobles prisioneros, y dentro de pocos dias quedó aquella ciudad tan bien poblada, que no parecia faltar ninguno de sus habitantes. En seguida recibio las enhorabuenas de los Huejotziques, y de los Tlascalenses, y el juramento de fidelidad a la corona de España, de los mismos Choluleses, y de los Tepeyaqueses; ajustó los disturbios que reinaban entre las dos republicas de Tlascal, y Cholula, y restableció su antigua amistad, y alianza, que se mantubo firme desde entonces en adelante. Finalmente para cumplir con las obligaciones de la religion, y de la caridad, mandó romper las jaulas, y poner en libertad a todos los prisioneros, y esclavos destinados a los sacrificios. Hizo ademas limpiar el templo mayor, y enarboló en él el estandarte de la cruz, despues de haber dado a los Choluleses, como a todos los otros pueblos entre los cuales se detenia, algunas ideas de la Religion Cristiana.

Otra embajada, y regalos de Moteuczoma.

Orgullosa el general Español por tan felices sucesos, y deseoso de amedrentar a Moteuczoma, encargó a los embajadores Megicanos digesen a su señor, que si hasta entonces se habia propuesto entrar pacíficamente en Megico, despues de lo ocurrido en Cholula, se habia determinado a entrar como enemigo, y haciendole cuanto daño pudiese. Los embajadores respondieron que antes de tomar aquella resolucion, hiciese mas diligentes ipvestigaciones sobre los sucesos últimamente ocurridos, para asegurarse de las buenas intenciones de su soberano, y que si le parecia bien, uno de ellos pasaria a la corte a representar al rei las quejas que de él tenia Cortés. Consintio este en aquella medida, y al cabo de seis dias volvió el embajador, trayendo un gran regalo, que consistia en diez platos de oro, de valor de muchos miles de pesos, mil y quinientos vestidos, y una gran provision de comestibles, dando gracias al general Español, en nombre del monarca, por el castigo que habia dado a los Choluleses, y asegurando que el egercito

que se habia alistado, para sorprender a los Españoles en el camino, era de Acatzincueses, y de Itzocaneses, aliados de Cholula, los cuales, aunque subditos de la corona, habian tomado las armas sin orden de su soberano. Los embajadores aseguraron esto mismo con su juramento, y Cortés fingió darles credito.

No es facil descubrir la verdad en este negocio, ni puedo menos de censurar la ligereza con que los autores aseguran tan francamente lo que de un todo ignoraban. ¿Por qué se ha de dar asenso a los Choluleses, hombres dobles, y falsos, como todos confiesan, y no a los Megicanos, y al mismo Moteuczoma, que por la eminencia de su caracter es mas digno de confianza? La conducta constantemente pacífica de aquel monarca para con los Españoles, a quienes no hizo el menor daño, en tantos y tan oportunas ocasiones como tubo de esterminalos, y la moderacion con que siempre habló de ellos, como confiesan los mismos historiadores, hacen increíble la excusa de los Choluleses: por otro lado, le dan alguna apariencia de verdad, ciertos indicios, aunque oscuros de la indignacion de Moteuczoma, y sobre todo las hostilidades cometidas en aquella misma epoca contra la guarnicion de Vera Cruz por un poderoso feudatario de la corona de Megico.

Revolucion de Totonacapan.

*Quauhpopoca** señor de Nauhltan, ciudad llamada por los Españoles Almeria, situada en la costa del seno Megicano, a treinta y seis millas al Norte de Vera Cruz, y cerca de los confines del imperio, tubo orden de Moteuczoma de reducir a los Totonagues a la debida obediencia, inmediatamente despues que Cortés se retirase de aquellas costas. Para cumplir este mandato aquel caudillo, requirió con amenazas de los pueblos desobedientes el tributo que debian pagar a su soberano. Los Totonagues, insolentados con el favor de sus nuevos amigos, respondieron con arrogancia que no debian homenage alguno a quien ya no era su rei. Viendo entonces Quauhpopoca que de nada servian sus amonestaciones, y que no conseguia reducir aquellos hombres, demasiado fiados en la proteccion de los Españoles, y ya resueltos a no respetar a su monarca, poniendose a la cabeza de las tropas Megicanas de la frontera, empezó a hacer correrias en los pueblos de Totonacapan, castigando con las armas su rebelion. Los Totonagues se quejaron a Juan de Escalante, gobernador de la Vera

* Bernal Diaz lo llama Quetzalpopoca, que tambien es nombre Megicano.

Cruz, y le rogaron que se opusiese a la crueldad de los Megicanos, ofreciendose a poner a sus ordenes un buen numero de tropas. Escalante envió al gefe de los Megicanos una cortés embajada para disuadirlo de aquella empresa, que, segun creia, no podia ser agradable al rei de Megico, a quien tantas pruebas de favor debian los Españoles, amigos de los Totonagues. Quauhpopoca respondió que él sabia mejor que los Españoles si era o no grato a su rei el castigo de los rebeldes; que si los Españoles querian favorecerlos, él con sus tropas los aguardaria en las llanuras de Nauhltan, afin de que las armas decidiesen de su suerte. No pudo sufrir esta respuesta el gobernador, y sin perdida de tiempo marchó al punto señalado con dos caballos, dos pequeños cañones, cincuenta peones Españoles, y cerca de diez mil Totonagues. Estos se desbarataron al primer ataque de los Megicanos, y la mayor parte de ellos se pusieron en fuga; pero, con vergüenza suya, los Españoles continuaron valientemente el empeño, haciendo no poco daño a los Megicanos, los cuales, no habiendo experimentado la violencia de la artilleria, ni el modo de combatir de los Españoles, se retiraron despavoridos a la proxima ciudad de Nauhltan. Los Españoles los persiguieron furiosamente, y pegaron fuego a algunos edificios: mas esta victoria costó la vida al gobernador, el cual murio al cabo de tres dias de sus heridas, a seis o siete soldados, y a muchos Totonagues. Uno de aquellos soldados, que tenia la cabeza gruesa, y el aspecto feroz, fue hecho prisionero, y enviado a Megico: pero habiendo muerto en el camino, de sus heridas, solo llevaron a Moteuczoma la cabeza, cuya vista lo horrorizó en tales terminos, que no permitió que se ofreciese a sus dioses en ningun templo de la capital.

Tubo Cortés noticia de estas revoluciones antes de salir de Cholula*, pero no quiso decir nada, ni descubrir sus inquietudes, por no desanimar a sus soldados.

Viage de los Españoles a Tlalmanalco.

No teniendo ya nada que hacer en Cholula, continuó Cortés su viage acia Megico, con sus Españoles, con seis mil Tlascalenses, y con algunas tropas Huejotzincueses, y Choluleses. En Izcalpan, pueblo de Huejotzinco, a quince millas de Cholula, salieron de nuevo a cumplimentarlo los señores de aquel estado, y a prevenirle que desde aquel punto habia dos caminos para Megico; uno abierto, y comodo, que pasaba por unos barrancos, donde podia temerse alguna emboscada

* Todos o casi todos los historiadores dicen que Cortés recibió esta noticia hallandose en Megico: pero el mismo Cortés asegura que la tubo en Cholula.

de los enemigos; otro embarazado con arboles cortados a proposito, y que sin embargo era el mas corto y seguro. Cortés se aprovechó del aviso, y en despecho de los Megicanos, hizo desembarazar el camino de los ostaculos que lo ostruian, alegando que la dificultad era mayor aliciente para el valor de los Españoles. Siguió caminando por aquellos grandes pinares y encinales, hasta llegar hasta la cima de un alto monte llamado Ithualco, entre los dos volcanes Popocatepec, y Iztaccihuatl, donde encontraron unas casas grandes, destinadas al alojamiento de los mercaderes Megicanos. Allí tubieron noticia de la atrevida empresa del capitán Diego de Ordaz, el cual pocos dias antes, para dar a conocer a aquellos pueblos el valor de su nacion, subió, con otros nueve soldados, a la altísima cumbre del Popocatepec, aunque no pudo observar la boca o crater de aquel gran volcan, por causa de la alta nieve que en él habia, y de las nubes de humo, y ceniza que lanzaba de sus entrañas*.

De la cima de Ithualco observaron los Españoles el bellissimo valle de Megico, pero con bien diversos sentimientos, pues unos se deleitaron con la perspectiva que ofrecian sus lagos, sus amenas llanuras, sus verdes montañas, y las muchas y hermosas ciudades que lo cubrian; en otros se reanimó la esperanza de enriquecerse con la presa de tan prosperos paisés; pero algunos, mas prudentes y cautos, se estremecieron al contemplar la temeridad de arrostrar tan graves peligros, y de tal modo se amedrentaron, que hubieran regresado desde allí a la Vera Cruz, a no haberlos estimulado Cortés a seguir en la empresa comenzada, valiendose de su autoridad, y de las razones que le sugirió su buen ingenio.

Entretanto Moteuczoma, consternado por el suceso de Cholula, se retiró al palacio *tlitlancalmecatl*, destinado para tiempos de duelo, y allí estuvo ocho dias ayunando, y egercitandose en las acostumbradas austeridades, para grangearse la proteccion de los dioses. Desde aquel mismo retiro envió a Cortés cuatro personages de su corte, con un regalo, y nuevos ruegos, y pretextos para disuadirlo de su viage, ofreciendose a pagar anualmente un tributo al rei de España, y a dar

* Bernal Diaz, y casi todos los historiadores, dicen, que Ordaz subió a la cima del Popocatepec, y observó la boca de aquel famoso monte: pero Cortés, que lo sabia mejor, dice lo contrario. Sin embargo, Ordaz obtuvo del rei Católico, el permiso de poner un volcan en su escudo de armas. Esta gran empresa estaba reservada para Montañó, y otros Españoles, que despues de la conquista de Megico, no solo observaron el espantoso crater, sino que entraron en él, con evidente peligro de la vida, y de allí sacaron una gran cantidad de azufre para hacer la polvora de que necesitaban.

al general cuatro cargas de oro, y una a cada uno de sus oficiales, y soldados*, si volvian atras desde aquel punto en que se hallaban. ¡Tan grande era el recelo que inspiraban los Españoles a aquel supersticioso principe! No hubiera hecho mas urgentes diligencias para evitar su presencia, aun habiendo previsto los males que debian hacerle. Los embajadores alcanzaron a Cortés en Inthualco: el regalo que traian era de muchas alajas de oro, que importaban una crecida suma. Cortés les hizo los mayores obsequios, y respondió dando gracias al rei por su generosidad, y por sus magnificas promesas, a las cuales esperaba corresponder con buenos servicios: mas protestando al mismo tiempo que no podia volver atras sin ser culpable de desobediencia para con su soberano, y que procuraria no hacer el menor perjuicio con su venida al estado; que si despues de haber manifestado verbalmente a Su Magestad la embajada que traia, y que no podia confiar a otra persona, juzgaba aquel monarca no convenir al bien de su reino la permanencia de los Españoles en la corte, sin tardanza volveria a ponerse en camino para restituirse a su patria.

Aumentaban la inquietud de Moteuczoma las sugerencias de los sacerdotes, y especialmente lo que le digeron de ciertos oraculos de sus falsos numenes, y de unas visiones que referian habersele aparecido aquellos ultimos dias. Estos artificios lo consternaron en tales terminos, que sin esperar el exito de la ultima embajada, celebró otro consejo con el rei de Tezcucó, con su hermano Cuitlahuatzin, y con los otros personages que solia consultar, los cuales se mantubieron en sus primeras opiniones: Cuitlahuatzin en la de no permitir a los Españoles la entrada en la corte, y de hacerlos salir del reino por fuerza si era necesario, y Cacamatzin en la de recibirlos como embajadores, puesto que no faltaban recursos al rei de Megico para reprimirlos, en caso de que maquinasen algo contra su real persona, o contra el estado. Moteuczoma, que siempre habia seguido el parecer de su hermano, abrazó en aquella ocasion el del rei de Tezcucó, pero encargó a este que fuese al encuentro de los estrangeros, y procurase disuadir al general de su viage. Entonces Cuitlahuatzin, vuelto al rei su hermano le dijo: “los dioses quieran, Señor, que no admitais en vuestra casa al que de ella os arroje, y que cuando querrais poner remedio al daño, tengais medios, y ocasión de hacerlo.” “¿Qué

* Siendo la carga ordinaria de un Megicano de cincuenta libras Españolas o ochocientas onzas, podemos congeturar, en vista del numero de Españoles, que la contribucion que ofrecia Moteuczoma valia mas de seis millones de pesos.

hemos de hacer? respondió el monarca. Nuestros amigos, y, lo que es mas, nuestros dioses mismos, en vez de favorecernos, amparan a nuestros contrarios. Estoy resuelto, y quisiera que todos se resolviesen a no huir, ni mostrar la menor cobardía, suceda lo que sucediere: pero me compadece la suerte de los viejos, y de los niños, que no pueden oponerse a la violencia que nos amenaza.”

Cortés, despedidos los embajadores, se dirigió con sus tropas a Ithualco, encaminandose por Amaquemecan, y Tlalmanaleo, ciudades que distaban entre sí cerca de nueve millas, y que estaban situadas en la pendiente de aquellas grandes montañas. Amaquemecan, con los caserios inmediatos, contenía una población de veinte mil habitantes*. En estos pueblos fueron bien recibidos los Españoles, y muchos señores de aquella provincia visitaron a Cortés, y le presentaron cierta cantidad de oro, y algunas esclavas. Estos personajes se quejaron amargamente de las vejaciones que sufrían del rei de Megico, y de sus ministros, en los mismos terminos que lo habían hecho los de Cempoala, y de Quiauitztlá, y por sugestión de los Cempoaleses, y de los Tlascalenses, que acompañaban a Cortés, se confederaron con los Españoles, para mantener su independencia. Así que mientras mas se internaban aquellos estrangeros en aquel país, mas aumentaban sus fuerzas, a guisa de un arroyo, que con las aguas que recibe en su curso, crece hasta llegar a ser un gran río.

De Tlamanalco marchó el ejército acia Ajotzinco, pueblo situado a la orilla meridional del lago de Chalco†, donde estaba el puerto, para los barcos que hacen el comercio con los países situados a Mediodía de Megico. La curiosidad de observar el campo de los Españoles costó cara a muchos Megicanos, pues las centinelas, creyendolos espías, por el miedo que siempre tenían de alguna traición, mataron quince aquella noche.

* Amaquemecan, que los Españoles llaman Mecameca, es ahora un pueblo, conocido por haber nacido en él la celebre monja Inés de la Cruz, muger de prodigioso ingenio, y de no vulgar literatura.

† Solís confunde Amaquemecan con Ajotzinco. Amaquemecan no ha estado nunca, como él dice en las orillas del lago, si no distante de él mas de 12 millas, a la falda de un monte. La visita del rei de Tezcucó fue sin duda en Ajotzinco, como afirman los historiadores bien informados, y como se infiere de la relación de Cortés. Bernal Díaz dice que la visita se verificó en Iztapalatenco: mas este es un error, hijo de poca memoria.

Visita del rei de Tezcucó a Cortés.

Al día siguiente, cuando estaban los Españoles prontos a marchar, llegaron cuatro nobles Megicanos con la noticia que el rei de Tezcucó venía a visitar al general Español, en nombre del rei de Megico. No tardó en llegar aquel personaje, en una litera adornada con hermosas plumas, llevada por cuatro domésticos, y seguida de una numerosa y brillante comitiva de nobleza Megicana, y Tezcucana. Cuando llegó a vista de Cortés, bajó de la litera, y empezó a andar, precedido por algunos de sus servidores, que iban quitando del camino todo cuanto podía ofender sus pies o su vista. Los Españoles quedaron maravillados de tanta grandeza, y por ella conjeturaron cuanta sería la del rei de Megico. Cortés salió a recibirlo a la puerta de su alojamiento, y le hizo una profunda reverencia, a la que respondió el rei, tocando la tierra con la mano derecha, y llevandola a la boca. Entró con aire noble y magestuoso en una de las salas, y habiendo tomado asiento, dio la enhorabuena al general, y a sus capitanes por su feliz llegada, y aseguró los grandes deseos que tenía su tío el rei de Megico de estrechar amistad, y vivir en buena correspondencia con el gran monarca de Levante, que los había enviado a aquellos países: pero al mismo tiempo exageró las grandes dificultades que era necesario superar antes de llegar a la capital, y rogó a Cortés que mudase de propósito, si quería complacer al rei. Cortés respondió que si volvía atrás sin desempeñar su embajada, faltaría a su obligación, y daría gran disgusto a su soberano, especialmente hallandose tan cerca de la corte, y habiendo vencido tantos obstáculos y peligros, en tan largo viage. “Si así es, dijo entonces el rei, en la corte nos veremos,” y despidiendose cortesmente, despues de haber recibido algunas frioleras de Europa, dejó allí una parte de la nobleza afin de que acompañase a Cortés en su viage.

De Ajotzinco marcharon los Españoles a Cuitlahuac, ciudad fundada en una isla del lago de Chalco, y aunque pequeña, la mas hermosa, segun dice Cortés, que habían visto hasta entonces. Comunicaba con tierra firme por medio de dos anchos, y cómodos caminos, construidos sobre el lago; el uno a Mediodía, que tenía dos millas de largo, y el otro que tenía algo mas, y estaba al Norte. Marchaban los Españoles alegrísimos al ver la muchedumbre, y hermosura de los pueblos que se veían en el lago; los templos, y las torres que se erguían sobre los otros edificios; las arboledas que hermoseaban los sitios habitados; los huertos y jardines flotantes; los innumera-

bles barcos que navegaban en todos sentidos; pero no menos se amedrentaban al verse rodeados de la inmensa multitud de gente, que de todas partes acudia a verlos, por lo que mandó Cortés que marchasen en buen orden, y apercebidos, y previno a los Indios que no les embarazasen el paso, ni se acercasen a las filas, si no querian ser tratados como enemigos. En Cuitlahuac fueron bien alojados, y obsequiados. El señor de aquella ciudad se quejó secretamente a Cortés de la tiranía del rei de Megico, se confederó con él, y le hizo saber cuan comodo era el camino para la capital, la consternacion en que habian puesto a Moteuczoma los oraculos de sus dioses, los fenomenos del cielo, y la felicidad de las armas Españolas.

Visita de los principes de Tezcuco, y entrada de los Españoles en en aquella Capital.

De Cuitlahuac se dirigieron por el otro camino a Iztapalapan, y en él aguardaban a Cortés nuevas prosperidades. El principe Ijtlijochitl, viendo que Cortés no habia querido hacer el viage por Calpolalpan, donde lo aguardaba, resolvió salirle al encuentro en el camino de Iztapalapan. Marchó con este objeto, a la cabeza de un gran numero de tropas, y pasó por junto a Tezcuco. Noticioso de esta novedad el principe Coanacotzin su hermano, que desde los disgustos que con él habia tenido tres años antes, y de que he hecho mencion, no lo trataba, ni tenia la menor comunicacion con él, o movido por el amor fraterno, o seducido por la esperanza de mayores ventajas, que con su union podria grangearse, salio a encontrarlo en el camino, donde los dos hermanos tubieron una esplicacion, se reconciliaron, y se pusieron de acuerdo en unirse con los Españoles. Caminaron juntos hasta Iztapalatenco y alli los alcanzaron. Cortés, viendo venir tanta gente armada, tubo alguna inquietud: pero informado de la calidad de aquellos personajes, y del motivo de su venida, salió a recibirlos, y hechos mutuamente los debidos cumplimientos, convidaron los dos principes a Cortés a ir a Tezcuco, y él se dejó facilmente persuadir, por la gran utilidad que pensaba sacar de Ijtlijochitl, cuyo afecto a los Españoles era ya bastantemente conocido.

Era entonces Tezcuco, aunque algo inferior a Megico en la magnificencia, y en el esplendor, la ciudad mas vasta, y populosa de todo el pais de Anahuac. Su poblacion, comprendida la de Huejotla, Coatlichan, y Atenco (que por estar contiguas a ella se consideraban como sus arrabales) era, segun dice Torquemada, de ciento cuarenta mil casas. A los Españoles pareció de doble estension que Sevilla.

La grandeza de los templos, y palacios reales, la hermosura de las calles, de las fuentes, y de los jardines eran a sus ojos otros tantos objetos de admiracion.

Entró Cortés en aquella gran ciudad* acompañado por los dos principes, y por mucha nobleza Acolhua, en medio de un concurso inmenso de espectadores. Fue alojado con todo su egercito en el palacio principal del rei, donde el trato de su persona correspondio a la dignidad del alojamiento. Alli le espuso el principe Ijtlijochitl, sus pretendidos derechos al reino de Acolhuacan, y sus quejas contra su hermano Cacamatzin, y contra al rei de Megico su tio. Cortés le prometió ponerlo en posesion de la corona, inmediatamente despues de haber terminado sus negociaciones con Moteuczoma, y sin detenerse en aquella corte, marchó a Iztapalapan†.

Entrada de los Españoles en Iztapalapan.

Era aquella una grande y hermosa ciudad, situada acia la punta de la pequeña peninsula que media entre los dos lagos, el de Chalco a Mediodia, y el de Tezcuco al Norte. Ibase de esta peninsula a la isla de Megico, por un camino empedrado, de siete millas de largo, y construido sobre las aguas, muchos años antes. La poblacion de Iztapalapan era de mas de doce mil casas, fabricadas por la mayor parte en muchas isletas, proximas unas a otras, junto a las cuales habia innumerables huertos y jardines flotantes. Mandaba a la sazón en la ciudad el principe Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, y su inmediato sucesor en la corona de Megico. Aquel personaje, y su hermano Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan, acogieron al

* Cortes no hace mencion de la entrada de los Españoles en Tezcuco. Tampoco hablan de ella Bernal Diaz, Acosta, Gomara, ni Torquemada, pero se infiere claramente de un pasage de la carta escrita por Cortés a Carlos V en 1522: Herrera y Solis hacen mencion de aquel suceso, pero con circunstancias opuestas a la verdad. Dicen que antes fueron los Españoles a Tezcuco, y despues a Cuitlahuac, en lo que manifiestan ignorar la situacion de aquellos lugares. Afirman que Cacamatzin acompañó a Cortés a Tezcuco, pero lo contrario consta por la relacion del mismo Cortés, y por los MS antiguos citados por D. Fernando de Alba Ijtlijochitl. Nada dicen de la reconciliacion de los dos principes, ni del motivo que tubo Cortés para ir a Tezcuco, separandose del camino que conducia a Megico. Yo sigo en esta parte a Betancourt, que escribio con el auxilio de las memorias de Alba, y de Sigüenza.

† Un historiador Indio, citado por Alba, dice que en esta ocasion se bautizó Ijtlijochitl, con otros doscientos nobles de su corte: mas esta es una fabula tan inverosimil, que no necesita impugnacion.

caudillo Español con las mismas demostraciones que habian hecho los otros señores de los pueblos por donde habia pasado. Cumplimentolo Cuitlahuatzin con una elegante arenga, y lo alojó, con las tropas que lo acompañaban, en su mismo palacio. Era este un vastísimo edificio de cal y canto, recién construido, y aun no completamente amueblado. Además de las muchas salas y estancias cómodas, cuyo techo era de cedro, y cuyas paredes estaban cubiertas de telas finas de algodón; además de los grandes patios, en que se acuartelaron las tropas aliadas de los Españoles, tenia un jardín de extraordinario tamaño y amenidad, de que ya he hablado, cuando traté de la agricultura de los Megicanos. Después de comer, condujo el príncipe a sus huéspedes al jardín, donde se recrearon mucho, formando una gran idea de la magnificencia de aquellos pueblos. En esta ciudad observaron los Españoles, que en lugar de las quejas, y murmuraciones que en otras partes habian oído, solo resonaban encomios del gobierno, porque la proximidad de la corte hacia más cautos, y prudentes a los habitantes.

Al día siguiente, muy temprano, marcharon los Españoles por aquel gran camino, que, como he dicho, unia a Iztapalapan con Megico. Estaba cortado por siete pequeños canales, para el paso de los barcos, y sobre ellos habia otros tantos puentes de madera, para la comodidad de los pasajeros. Estos puentes se alzaban con facilidad, cuando querian impedir el paso a los enemigos. Después de haber pasado por Megicaltzinco, y visto las ciudades de Colhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan, y Mijcoac, fundadas en la orilla del lago, llegaron, en medio de una muchedumbre increíble de gente, a un lugar llamado Joloc, en que se unia aquel camino con el de Coyohuacan. En el ángulo que formaban los dos, y que solo distaba media legua de la capital, habia un buen baluarte, con dos torrecillas, circundado por un muro de diez pies de alto, con parapeto y almenas, dos salidas, y un puente levadizo: sitio memorable en la historia de Megico, por haber sido el campo del general Español en el asedio de aquella capital. Allí hizo alto el ejército, para recibir el parabien de más de mil nobles Megicanos, que venian todos uniformemente vestidos, y que al pasar por delante del general Español, le hacian el acostumbrado cumplimiento de tocar la tierra, y besarse la mano.

Entrada de los Españoles en Megico.

Terminada aquella etiqueta, que duró más de una hora, continuaron los Españoles su viaje, tan bien ordenados, como si fuesen a dar una

batalla. Poco antes de llegar a la ciudad, tubo Cortés aviso de que salia a recibirlo el rei de Megico, y de allí a poco se dejó ver con un numeroso, y lucido acompañamiento. Precedian tres nobles que alzaban las manos, y llevaban en ellas unas varas de oro, insignias de la Magestad, con las cuales se anunciaba al pueblo la presencia del soberano. Venia Moteuczoma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de planchas de oro, que llevaban en hombros cuatro nobles, y bajo un parasol de plumas verdes, salpicadas de alajas del mismo metal. Llevaba pendiente de los hombros un manto adornado con riquísimas joyas; en la cabeza una corona ligera de oro, y en los pies unas suelas, también de oro, atadas con cordones de cuero, cubiertas de oro, y piedras preciosas. Acompañabanlo doscientos señores, mejor vestidos que los otros nobles, pero todos descalzos, dos a dos y muy arrimados a los muros de una y otra parte de la calle, para manifestar su respeto al monarca. Cuando llegaron a verse, el rei, y el general Español, desmontaron aquel de su litera, y este de su caballo, y Moteuczoma echó a andar, apoyado en los brazos del rei de Tezcucó, y del señor de Iztapalapan. Cortés, después de haberse inclinado profundamente, se acercó al rei para ponerle al cuello un cordón de oro con cuentas de vidrio, que parecian piedras preciosas, y el rei inclinó la cabeza para recibirlo, pero queriendo Cortés abrazarlo, no se lo permitieron los dos señores que apoyaban al monarca*. Declarole el general, en una breve arenga, como lo requerian las circunstancias, su afecto, su veneracion, y el placer que experimentaba al conocer un rei tan grande, y tan poderoso. Moteuczoma respondió en pocas palabras, y hecha la ceremonia de estilo, le recompensó el presente de las cuentas de vidrio, con dos collares de hermoso nacar, de que pendian algunos cangrejos grandes de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuitlahuatzin que condujese a Cortés a su alojamiento, y se volvió con el rei de Tezcucó.

Tanto la nobleza, como el pueblo inmenso que desde las azoteas, puertas, y ventanas observaba aquella escena, estaban maravillados, y aturdidos, no menos por la novedad de tantos objetos extraordinarios, que por la inaudita dignacion de su rei, la cual contribuyó muy eficazmente a engrandecer la reputacion de los Españoles. Estos marchaban, también llenos de admiracion al ver la grandeza de la ciudad, la

* Solís al referir este encuentro comete cuatro errores. Dice que el regalo de Cortés era una banda; que los dos señores que acompañaban a Moteuczoma, no permitieron que se la pusiese al cuello; que hicieron esto con muestras de enojo, y que el monarca los reprendió, y contubo. Todo esto es falso, y opuesto a la relacion del mismo Cortés.

magnificencia de los edificios, y el numero de habitantes, y siguieron andando por aquel grande, y ancho camino, que sin separarse de la linea recta, servia de continuacion, sobre las aguas del lago, al de Iztapalapan, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternando en sus animos, con la admiracion, el temor de su suerte, viendose solos en medio de un reino estraño. Asi procedieron, por espacio de milla y media, dentro de la ciudad, hasta el palacio que habia sido del rei Ajayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo. Alli los esperaba Moteuczoma, que con este obgeto los habia precedido. Cuando llegó Cortés a la puerta del palacio, lo tomó el rei por la mano, y lo introdujo en una gran sala; hizolo sentar en un reclinatorio semejante a los que se usan en nuestras iglesias, cubierto de un hermoso tapete de algodón, y cerca de un muro cubierto tambien de una colgadura adornada de oro, y piedras, y despidiendose cortesmente, le dijo: “vos, y vuestros compañeros, estais ahora en vuestra propia casa; comed, y descansad, que yo volveré en breve.”

Retirose el rei a su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artilleria, para amedrentar con su estrepito a los Megicanos. En seguida pasó a examinar todas las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa. Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él comodamente los Españoles, y sus aliados, los cuales, con las mugeres, y servidumbre que los acompañaban, pasaban de siete mil personas. Reinaba por do quiera un aseó esquisito; casi todas las piezas tenian camas de esteras de junco y de palma, segun el uso de aquellos paises, con rollos de lo mismo para servir de almohadas, cortinas de algodón, y bancos hechos de una sola pieza. Algunas tenian el piso esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores. Los muros eran gruesos, y tenian torres de distancia en distancia, asi que los Españoles encontraron alli cuanto podian apetecer para su seguridad. El diligente, y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una bateria, enfrente de la puerta del palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo dia por sus enemigos. No tardó en presentarse a Cortés, y a sus capitanes un magnifico banquete, servido por la nobleza, mientras se distribuian al egercito diversos, y copiosos viveres, aunque de inferior calidad. Este dia, tan memorable para Españoles, y Megicanos, fue el 8 de Noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de aquellos al pais de Anahuac.

LIBRO NONO.

Conferencias de Moteuczoma con Cortés. Prision de Moteuczoma, del rei de Acolhuacan, y de otros señores. Suplicio atroz de Quauhpopoca. Tentativas del gobernador de Cuba contra Hernán Cortés, y derrota de Panfilo de Narvaez. Muerte de muchos nobles, y sublevacion del pueblo de Megico contra los Españoles. Muerte del rei Moteuczoma. Combates, peligros, y derrota de los Españoles. Batalla de Otompan, y retirada de los Españoles a Tlascalá. Eleccion del rei Cuiclahuatzin. Vitoria de los Españoles en Tepeyacac, en Jalatzinco, en Tecamachalco, y en Quauhqueholan. Estragos hechos por las viruelas. Muerte del rei Cuiclahuatzin, y de los principes Magizcatzin, y Cuicuitzcatzin. Eleccion en Megico del rei Quauhquemotzin.

Primera conferencia y nuevos regalos de Moteuczoma.

DESPUES de haber comido los Españoles, y dispuesto cuanto convenia a su seguridad, volvió a visitarlos el rei, con gran acompañamiento de nobleza. Cortés salio a recibirlo con sus capitanes, y los dos juntos entraron en la sala principal, donde inmediatamente se colocó otro reclinatorio al lado del general Español. El rei le presentó muchas alajas curiosas de oro, plata, y plumas, y mas de cinco mil vestidos finisimos de algodón. Habiendo Moteuczoma tomado asiento, hizo sentar a Cortés, y todos los circunstantes permanecieron en pie. Cortés le manifestó su gratitud con espresiones elocuentes, y queriendo continuar su discurso, lo interrumpio Moteuczoma con estas palabras.

“Valiente general, y vosotros sus compañeros, todos mis cortesanos, y domesticos son testigos de la satisfaccion que me ha causado vuestra feliz llegada a esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido unicamente para condescender con mis subditos. Vuestra fama ha engrandecido los obgetos, y turbado los animos. Decian que erais dioses inmortales, que veniais montados sobre fieras de portentosa grandeza, y ferocidad, y que lanzabais rayos, con los cuales haciais estremecer la tierra. Otros creian que erais monstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os habia obligado a dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comia